

UN HOMENAJE A LA MEMORIA

*Mnemosine*¹ es el tercer libro de poemas de la poetisa o poeta murciana Dionisia García. Con *Mnemosine*, Dionisia García ha ofrecido no sólo su mejor libro y uno de los más originales de la nueva poesía española, sino una culminación de sus propios temas y, al mismo tiempo, una expectante apertura. Libro frontera, pues, que confiere a su autora el privilegiado don de una personalidad absolutamente hallada, pero confrontando el asentimiento futuro a esa personalidad, que habrá de esquivar el repetirse. El riesgo no es pequeño, y quizá parezca injusto pedir a Dionisia García, recién llegada a la faena poética, lo que no se le exige a quienes, por su edad y prestigio, tienen la obligación de renovarse. Pero ya se sabe que España es un país de encasillamientos, y un «ilustre» por temprano decreto continuará ejerciendo hasta la muerte. Después no resulta tan sencillo mantener la ficción.

Los temas de la obra anterior de Dionisia García podrían, en esencia, reducirse al paso del tiempo y el olvido. Un poema de *El vaho en los espejos*, titulado «Eheu, fugaces...», finaliza así:

Un aire fresco me hizo preguntar:
¿estará aquí la verdadera melodía?

O sea: ¿consistirá la verdadera melodía (la clave de la vida) en el incesante pasar de los hombres y las cosas?

Serán otros los que pinten los postes,
los que abracen a las muchachas rubias
y regalen mecheros automáticos.

En *Mnemosine* está también el correr del tiempo y estrechamente relacionado con el aprovechamiento del instante. Lo que ocurre es que ahora el instante *no se pierde*, la memoria lo recrea y lo vivifica. En *Mnemosine* el tiempo (pasado, presente, futuro) no deja de ser memoria. Al frente del libro, Dionisia García ha puesto una cita de Bergson: «Lo posible es el espejismo del presente en el pasado». El presente que fue futuro, el pasado que fue presente. Todo marcha hacia el pasado y debe registrarse. La vida constituye, antes que nada, una memoria. Y la vida es memorable porque vale la pena.

En el poema «Meditación y canto» se recomienda *conmemorar* y *rememorar*.

¹ Adonais, Rialp. Madrid 1981.

Mientras seas, conmemora los días,
préndelos en varillas titilantes,
amparado abanico entre tus manos.

Cada sol habrá escrito ya su historia,
y, desde los registros del recuerdo,
podrás rememorar con impaciencia
cualquier atardecer sobre nosotros.

Así primero hay que celebrar diariamente la vida y después recordar lo que se celebró. Y lo que produce tu homenaje a la vida es, de modo muy especial, el amor. Por el amor se vive, se es, y ese amor no se perderá nunca, pues en la memoria permanecerá.

Amor, inseparable del deseo y la consumación sexual. En el poema titulado «Esta gruta de yeso» se dice que el deseo es un dios. Ciertos versos de este poema aluden al acto sexual:

Se dobla tu figura, y te recuerdo aquél,
convocado en un sueño de universos continuos,
como naturaleza de mansos movimientos,
rotando sin cesar sobre seguros ejes.

Cuando la persona amada la abraza, ella «se siente cuerpo» («Aleluyas de ayer»). Léxico de tembloroso apasionamiento:

Era tu cuerpo un garfio
flagelado y deshecho,
que supe revivir
desde mi carne ahumada.

(«La soledad es un fuego»)

Sin embargo, *Mnemosine* no es un libro de poemas eróticos en el exclusivo sentido de los escritos, por ejemplo, por Alfonsina Storni, Delmira Agustini o poetisas más actuales: Adrienne Rich, Anne Sexton. Títulos como «En celebración de mi útero», de Anne Sexton, o «Para celebrar mi cuerpo», de Diane Wakoski, son ajenos a la poesía de Dionisia García, que no festeja ostentosa y minuciosamente el propio cuerpo o la consumación sexual. Pero el deseo y la consumación están ahí, explícitos, imponiendo una realidad sin la que el libro perdería convencimiento.

Dentro de la línea amorosa del volumen, me parecen típicos los poemas cuyo asunto lo componen despedidas y reencuentros. Las despedidas entre amantes llegaron a formar una rica tradición literaria que en época contemporánea

ha desaparecido prácticamente. Una excepción sería la lírica de Pedro Salinas. Buen número de poemas de *Mnemosine* tratan de ese tema: «Radiografía en la penumbra», «Despedida», «Huida al amanecer», «La soledad es un fuego», «Retratos sobre la cómoda», «Estremecidos sueños», «Con el pasto del alba». Reencuentros y adioses que alternan con la ausencia para dejar, al fin, consolidada a esta ausencia como protagonista. La soledad ocurre también junto al ser amado, porque el amor se transforma y deteriora. La soledad excederá al deseo y la consumación:

Otras huellas ahora te ofrecerá mi cuerpo:
caminos calcinados
que ya nadie protege
y que la soledad va cubriendo de aliagas.

(«Aguacero o sol en este otoño»)

El darse cuenta de que la persona que ama no está a la altura de la entrega ni conserva el inicial fuego produce la conciencia de la propia soledad, aunque tal fuego fuese la prerrogativa de quien simbolizaba el universo y no necesitara de «literatura» («Ardes palabras»). Apagada ya la llama, el ser amado se recorta contra una mediocre, prosaica luz: alojado, por ejemplo, en su asiento de autobús, con su figura *rígida*, sin *riesgo*, en tanto pasan por la carretera lluviosa muchachos de abundante vida sobre motocicletas. Y la mirada del ser amado esconde *hielo*, aunque un momentáneo *hielo encendido* en que los dos se funden, hielo de un cuerpo «mudo y descreído» («Descuidos de un instante»).

En ese frío ardoroso en que consiste el mencionado acto sexual, los recuerdos —según el mismo poema— se desordenan. Y el desorden de los recuerdos es algo que no cabe en esta poesía erigida sobre la memoria, una interpretación del mito como en España resulta difícil hallar en la moderna poesía. La interpretación de Dionisia García presenta algún punto de contacto con la teoría del hombre pánico de Fernando Arrabal. En una conferencia que Arrabal diera en 1962 («El hombre pánico», recogida en *El cementerio de automóviles. Ciugurena. Los dos verdugos*, 1965), se afirma, configurando la base del hombre pánico desde un punto de vista filosófico, que «la vida es la memoria y el hombre el azar». Azar y futuro vienen a expresar lo mismo. Azar y memoria acompañan al artista como condición de lo que crea. La memoria equivale a lo biográfico e imaginativo («memorable» —recuerda Vico citando a Terencio— es lo que puede imaginarse), y azar coincide con lo inesperado y original.

Mnemosine es el símbolo de la memoria, su personificación. Uno de los más primitivos mitos de la humanidad y, paradójicamente, tratándose de la

memoria, uno de los que menos constancia existe. Para celebrar la victoria contra los titanes, los dioses pidieron a Zeus que creara a quienes cumplieran esa misión. Y Zeus engendró en Mnemosine —una titanesa— a las nueve musas. De ahí el primordial carácter celebratorio de las musas, no ya de la victoria de los habitantes del Olimpo, sino de la cosmogonía y la teogonía, y, luego de los sucesos históricos y de los personales. Mireia Eliade ha estudiado el tema en su libro *Mito y realidad*. El poeta (el poeta asistido por las musas) recuerda el origen de la humanidad y recuerda sus vidas anteriores en la cadena de las transmigraciones. Entre vida y vida el escogido puede mirar cara a cara a la verdad, que no parece olvido nunca. Estas doctrinas órficas y platónicas, estoy seguro, las conoce Dionisia García. En el poema «Cuerpo de antorcha» habla de la ultravida en términos para mí reveladores:

Nos estremece ahora la Melodía Júpiter,
somos recreación, al florecer el mirto,
en los áulicos templos del asombro.

Más allá de la bruma, ya no tendremos nombres;
nuestro cuerpo de antorcha, en permanente llama,
descubrirá las flores del misterio,
y, en la lluvia de pétalos, veremos
el continuo fluir del universo.

En el poema «Mar violeta», la aproximación aún es mayor, y la última palabra del poema es clave para entender el éxtasis, más que de la memoria de la formación del universo, del mismo enfrentarse a esta formación sin necesidad de recordar. La memoria pura (*mnemne*) de la teogonía es ahora identidad con ella:

Fugaces pasajeros, abrazos de inquietud:
¿Quién podrá comprender la permanente dicha,
el beso singular de la cosmogonía?

Pero en este libro domina, como es lógico, la memoria personal. Y memoria que supone antipatía, persecución, destronamiento del olvido. En el Hades había dos manantiales que originaban sus ríos y lagos, y eran Leteo y Mnemosine. Quien bebía del Leteo todo lo olvidaba. Los escasos iniciados, los selectos, bebían del agua de Mnemosine, que además era un agua parlante.

Dormir es lo mismo que olvidar, excepto si se sueña. Y ésta me parece una de las originalidades más peculiares del libro *Mnemosine*: Dionisia García escribe poemas que son sueños o que tienen una escenografía onírica *para no olvidar*, para no sumirse en la mutilación que le representa el simple dormir. Dormir sólo, y morir, no difieren semánticamente en muchas culturas primitivas que sin embargo,

a través del soñar se ponen en contacto con fuerzas subyacentes de la existencia. Como afirma Erwin Rode en su obra *Psyche*, el agua del río o lago Mnemosine es el agua de la Vida de tantos míticos relatos de creación. El Leteo es el lago de la Muerte.

Así, haciendo continuar el memorar durante el sueño, Dionisia García salva en su coherencia en integridad la idea del libro y consigue, aunque el planteamiento no era sencillo, un equilibrio conciencia-inconsciencia que abre una de las perspectivas más seductoras de la obra. En los sueños se recuerda (se vive, pues) y uno recuerda los sueños. Para fijar los recuerdos dudan brillos y manchas por estos versos, en un horizonte pintado por una realidad que parece irreal, o al revés. Todo, sin embargo, verdadero (aunque no lógico en ocasiones, pero ése es otro tema). Se interpolan luz y oscuridad, de manera estricta en su alternancia al principio del libro: sombra en «Radiografía en la penumbra», luz en «Cuerpo de antorcha», sombra en «Despedida», luz en «Amanecida al desencanto», sombra en «Los salmos han perdido su voz en la sinagoga», luz en «La soledad es un fuego». *Mnemosine* ha sido estructurado muy cuidadosamente en sus treinta y siete poemas. Y (lo repito) juzgo interesantísimo ese rescate, por los sueños, de una extensa porción de la vida humana, que queda incorporada a la memoria. Tal poesía se encuentra lejos de la confesión, tan legítima y fiel a su poesía, de Jorge Guillén en su libro *Final*: «Dormir es lo que vale. ¿Y soñar? Bien despierto».

Somos —diría Dionisia García— «alforjeros de sueños». Y la poetisa ha creado un fondo mágico de arcos iris y residuos de brumas, y ella mezcla los tiempos verbales, y emplea un lenguaje que participa de lo consciente y lo inconsciente. Se ha valido, sobre todo, de esa transfiguración de la realidad que es la metáfora. Señalaré algunas: *La ventana, bocado en la noche. Los dos, espejamos. Un lazo de palabras. Surges tizón de hastío. Cesto de insomnios. Taller de las palabras. El níquel de la voz. El vaso de los ojos. La combustión de las arengas. Las catacumbas de un tronco. Los muchachos hierven, cántaros mineros. El hielo de tu mirada. El carbón del alba. Niebla del sueño. Exequias de palabras. Curva de palabras. Lascas de humareda. Las palabras son hilos. Acordeones de abejas. La mancha del sueño. El pasto del alba.* Se observará lo luminoso o lo sombrío, en el plano real o el imaginario, de bastantes metáforas, así como las «palabras», voces que cruzan en vigilia o en sueños por los colores del alba, la niebla, la lluvia, el anochecer. Metáforas que se aúnan a sinestesias y personificaciones, originando construcciones sorprendentes: *El remedio de luz movía tembloroso. Aquella quietud negra y desposeída. Un descuidado otoño. El planchado aderezo de los rostros. La carretera escupe su odisea mojada. El mar*

ha clausurado su costumbre de cuerpos. Rigurosos grises. Hiel de frío. El miedo de las sombras. En el poema «Junto a la cárcel» se dice que las paredes de la sala de un hospital «huelen a despacio». Este genio verbal es digno de un César Vallejo. El léxico, como se muestra en los ejemplos citados, es amplio, no rutinario, sin caer en los exotismos y desbordamientos normativos en muchos poetas actuales, perdidos por los caminos de un fértil neomodernismo. En cuanto a lo fónico, Dionisia García maneja excelentemente el endecasílabo, metro que combina sin quiebra con el alejandrino y el heptasílabo. La música del verso libre fluye, hermosa e inalterable, en todo el libro, y a ello ayuda el escaso encabalgamiento, quiero decir, encabalgamiento violento. El *rejet* llena el verso encabalgado, sin forzar lo sintáctico, y en una poesía como la nuestra contemporánea, donde se encabalga por vicio y no por estilo (¡incluso en los versículos más largos!), la cadencia sin tajos dentro del verso supone no un anacronismo, nada menos que una restauración que amalgama lo fónico y lo sintáctico. Igualmente supone por parte de Dionisia García un acto poético muy valeroso la omisión del eneasílabo, metro abusado hoy hasta el vómito.

El poema que cité hace poco, «Junto a la cárcel», podría causar extrañeza a algún lector. ¿Cómo es posible que figuren en un libro tan subjetivo como *Mnemosine* poemas que transparentan una denuncia social? En ese poema se condena la violencia, como en «Aquel río erizado», que es un deseo de que no vuelva nunca más la guerra: «Olvidaremos juntos aquel río erizado». Palabra esencia: *olvidaremos*. La guerra no ha de recordarse, no pertenece a la vida (a la memoria), y el mismo sentido tienen los poemas «Manhattan», «A los compases del country» o «Las ciudades muertas» (los tres, símbolos de lo artificial y lo corrupto) y «Muros de Harlem» (la discriminación negra). Hay mucho que no merece pasar a ser memoria. Debe olvidarse tras solucionarse. El mito de Mnemosine es un mito positivo y no registra errores históricos. Eso pertenece al olvido. A la muerte definitiva.

Más se podía comentar sobre este libro; por ejemplo, los símbolos de la memoria: el mar, igual a permanencia, continuo recordar, y la encina, contra la que el tiempo inútilmente actúa, y el vino, tan «adolescente», que exceptuará al amor de derrumbarse en el «hueco del olvido». Pero lo expuesto da idea de la riqueza y la originalidad del libro de Dionisia García. Ha interpretado uno de los más viejos mitos del hombre de forma personalísima, y lo ha hecho sin traicionar la esencia del mito. El poema final lleva el mismo título del libro, *Mnemosine*. Sus dos primeros versos dicen:

Zeus quiso engendrar en Mnemosine,
quiso sentir su cuerpo, lago antiguo...

Lago antiguo. El lago de Mnemosine, en el Hades, se muestra muy vivo en este libro. Libro que yo considero uno de los hallazgos más importantes de la nueva poesía, no poesía masculina o femenina; sólo y nada menos que poesía. Eliot se admiraba de la gran cantidad existente de poetas de su época. En la nuestra los libros se multiplican, los poetas son legión. Pero entonces y ahora los poetas son muy pocos y Dionisia García ha demostrado con *Mnemosine* que está entre ellos.

Manuel Mantero
Universidad de Georgia
Nueva Estafeta, nº 47, Madrid, octubre de 1982, pgs. 98-101